

Busquemos Eldorado¹

Simbologías y representaciones de los imaginarios de Eldorado en Bogotá²

WILSON PEÑA-PINZÓN

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA / FUNDACIÓN ERIGAE³

FUNDACIÓN APALAANCHI

BOGOTÁ D.C., COLOMBIA

Correo electrónico: wilson.pena@me.com

Linkedin: linkedin.com/in/wilsonpena-pinzon

CvLac: <https://goo.gl/triwml>

Fecha de envío: 30-08-2019 / Fecha de recepción: 01-09-2019

Fecha de aceptación: 27-06-2020

RESUMEN

El presente artículo busca interpretar los significados de la Leyenda de Eldorado, su imaginario, sus representaciones y usos en la Bogotá del siglo XXI. Eldorado es usado en Bogotá como un nombre común en espacios comerciales, públicos y privados, acompañado de imágenes que se relacionan, en ocasiones, con el oro y con orfebrería precolombina. Eldorado no solo es una leyenda mundialmente reconocida, es un imaginario que tiene vida propia en cientos de lugares de la capital. Esta investigación propone una búsqueda cooperativa con habitantes de la ciudad, bajo

-
- 1 En este texto se conserva el uso del nombre basado en varias referencias históricas que escriben «Eldorado», unido debido a que, como unidad semántica, se refiere al príncipe muisca descrito por Juan de Castellanos y Juan Rodríguez Freyle. La misma unidad semántica es la que luego sería asociada como un posible lugar y luego como leyenda. Su uso como unidad también ayuda a que no exista ambigüedad con el adjetivo que asocia el color con el oro. En la actualidad muchos espacios conservan el nombre como una unidad, al igual que en textos más recientes consultados para esta investigación.
 - 2 En este artículo estamos usando el sistema de referencia de las Normas APA.
 - 3 La presente investigación es la continuación de mi tesis de grado llamada «¿En busca del país de Eldorado?: Metáforas, historias y representaciones de la leyenda de El Dorado y la búsqueda de la identidad colombiana en el discurso nacional». El presente artículo es el resultado de un año de financiación (2012 a 2013) por parte de la Fundación Erigaie y de Colciencias, bajo la modalidad de beca de investigación «Virginia Gutiérrez, jóvenes investigadores Colciencias».

una estrategia en redes digitales llamada «Busquemos Eldorado». La invitación a las personas que se sumaban era la de buscar lugares u objetos relacionados con la idea o nombre «Eldorado». A su vez la red funcionó como medio de socialización del proceso de investigación y como un álbum digital sobre «Eldorado». Este texto se divide en cuatro partes: 1) Introducción, 2) Aproximación teórica y conceptual sobre los imaginarios de Eldorado en Bogotá, 3) Imaginarios de Eldorado, 4) Aproximaciones.

PALABRAS CLAVE: Eldorado, Imaginario, simbología, Bogotá, Colombia.



El Dorado, nuestro país ilusorio, tan codiciado, figuró en mapas numerosos durante largos años, cambiando de lugar y de forma según la fantasía de los cartógrafos.

Gabriel García Márquez - *La soledad en América Latina* (1982)

Nuestro señor me aderece, por su piedad, que halle este oro...

Cristóbal Colón - 23 de diciembre de 1492. *Diario de su primer viaje*

1. INTRODUCCIÓN

El nombre «Eldorado» aparece insistentemente en eventos históricos asociados a la conquista de América a manos de europeos y sus posteriores colonias; aún hoy, sus ecos son notables en la vida cotidiana de lugares donde esa palabra se hizo leyenda. Detrás de la leyenda, la promesa de la riqueza ha permanecido como un elemento simbólico que ha acompañado el nombre de Eldorado. Su fama fue lo suficientemente fuerte para echar raíz en la cultura y quedarse entre las imágenes de sus promesas: imaginarios. Esta imagería vive ahora en pueblos, lugares y avenidas, aeropuertos, edificios, negocios, marcas comerciales y la memoria que se quedó en diferentes expresiones públicas en Colombia, especialmente en Bogotá. Ante esta evidencia, ¿qué tipo de ideas e imágenes se representan en estos espacios?, ¿cómo se asocian a Eldorado?

En el presente artículo se aproximará a dar respuesta a cómo se configura el imaginario de Eldorado en Bogotá, siendo este el objetivo central de la investigación. Se partió de una postura cualitativa y etnográfica para comprender los espacios y los relatos de las personas con las que se dialogó sobre los usos y significados del nombre «Eldorado».

A través de entrevistas semiestructuradas se conversó con veinte propietarios y funcionarios de establecimientos comerciales que bautizaron así sus empresas. La perspectiva etnográfica y su reflexividad incentivó el uso de estrategias digitales para compartir el proceso investigativo, pero también para hacer partícipe a aquellas personas interesadas en el proyecto⁴ y así tener una mayor cobertura de espacios y casos para el análisis. De manera paralela se realizó un trabajo con fuentes digitales de opinión, tales como artículos de prensa digital y foros de ciudadanos en redes sociales, en los cuales se pudo hacer seguimiento a eventos tales como el cambio del nombre del aeropuerto Eldorado el cual se debatió entre 2010 y 2012. Para ello se usaron herramientas asociadas con el análisis cualitativo del discurso. Como estrategia final, se creó una cartografía digital de lugares asociados al nombre, para comprender las relaciones espaciales sus usos y así entender los significados de Eldorado en la ciudad: esta última parte está incluida parcialmente en el presente texto, pero hizo parte del análisis que apoyó la investigación.

2. APROXIMACIÓN TEÓRICA Y CONCEPTUAL SOBRE LOS IMAGINARIOS DE ELDORADO EN BOGOTÁ

Los estudios sobre los imaginarios en la cultura y en la sociedad parten de un interés de conocer, interpretar y describir aquellas manifestaciones que viven en las cotidianidades de los individuos, las cuales están colmadas de elementos simbólicos, historias

4 Se desarrolló una plataforma de colaboración (coinvestigación) a través de redes sociales tales como Facebook y Twitter, llamada «Busquemos Eldorado». En ella se interactuó con más de tres mil usuarios (según las métricas de dichas plataformas), en publicaciones realizadas sobre diferentes hallazgos que se han compartido en las plataformas.

de vida y construcciones comunicativas, como parte fundamental de los lazos sociales de la interacción humana.

En los últimos veinte años se puede percibir un auge de estudios de diferentes disciplinas que vieron en el espacio de la ciudad –lo urbano– un lugar lleno de imaginarios, imágenes y representaciones, como resultado de la interacción de los individuos en su vida cotidiana con el espacio, haciendo uso de sus estructuras culturales. Los símbolos aquí acompañan y dan significado a ideas como la de Eldorado, que a su vez está determinada por las experiencias de cada persona y lo que cada una puede decir sobre la leyenda para representar así una suerte de identidad sociocultural vinculada con la idea de la nación colombiana⁵. Pero esa vida cotidiana es reflejo de un sistema de relaciones y de representaciones colectivas que hacen parte de la experiencia social que se relaciona profundamente con elementos que yacen en la economía, la política, la religión, etc.

Las metodologías y teorías que construyeron un interés sobre «los imaginarios urbanos» provienen de diferentes lugares disciplinares como la sociología, la antropología, la filosofía, la geografía, el psicoanálisis, la lingüística, la semiótica, entre otras disciplinas. El derrotero analítico se centra pues, en el ejercicio de conocer en profundidad las maneras –otras maneras–, en las que los habitantes de una ciudad la perciben en su cotidiano vivir, incluyendo la relación con nociones históricas y culturales como es la de Eldorado.

Existe pues una tradición más bien fructífera que ha tratado de ver la ciudad y los imaginarios de sus habitantes de una manera en cómo ellos representan, sienten, huelen, habitan, aman, temen, y recorren la ciudad: los imaginarios urbanos como interés investigativo han partido desde el concepto de *lo urbano* que inunda a la noción de ciudad y a todas las manifestaciones asociadas a las interacciones sociales que le son propias. Otros estudios, como el de Alejandra Jaramillo Morales (2003) y el de Soledad Niño Murcia (1998), parten de aquellas manifestaciones de la ciudad

5 Este asunto fue el eje central de la tesis de investigación con la que obtuve el título de antropólogo en la Universidad Externado de Colombia.

para pensarla en dimensiones como el miedo y los relatos urbanos en Bogotá.

Es por esto que el proceso investigativo se planteó los *imaginarios urbanos* y el interés de interpretar el fenómeno de Eldorado, desde la representación de varios imaginarios, que cobran vida en la ciudad de Bogotá. En primer lugar, no se quiere pensar a Bogotá a partir de Eldorado; es posible que alguno de los imaginarios que suscita Eldorado represente dicha conexión donde podremos comprender algo de la ciudad en sí misma, pero no es el punto de partida de esta investigación. Bogotá es el espacio donde el fenómeno cobra su materialidad y a su vez adopta una espacialidad. En el caso de Bogotá, poco se ha pensado la relación de cartografiar un imaginario, salvo el ejercicio realizado por Armando Silva (2003) a través de un mapa que contrasta estadísticas oficiales de muertes violentas con encuestas hechas a diferentes habitantes de la ciudad que demuestran su percepción de inseguridad sobre zonas específicas. En este sentido, se reconoció la oportunidad de usar herramientas digitales para mapear el nombre Eldorado y realizar una cartografía para comprender la naturaleza de los lugares en los que habita en la ciudad y su relación con otros espacios.

Ahora, darles un contexto espacial a los lugares llamados Eldorado en Bogotá permite comprender cuál es el sentido de su nombre en cada caso. Esto porque se partió de la intuición de que la existencia de «lugares emblemáticos», que llevan este nombre, tienen la potencialidad de generar un fenómeno de *contaminación*. Por ejemplo, que en un lugar como el aeropuerto Eldorado existan varias tiendas o lugares comerciales bautizados igual. Eldorado como nombre imperativo del aeropuerto, ejerce una fuerza contaminadora en buena parte de los casos. También lo hace la abundancia de suvenires y lugares comerciales que tienen una conexión con la representación de Eldorado en lugares turísticos, como lo son las galerías artesanales, centros comerciales o museos en el centro histórico de Bogotá. Pero, ¿qué sucede cuando la concentración de lugares está en otras zonas de la ciudad que no tienen una influencia como las mencionadas? ¿Qué sucede con los casos aislados? En cualquiera de las dos circunstancias, la concentración —por conta-

minación o por interés— o casos aislados, se logró mapear aquellos lugares que llevan consigo el imaginario de Eldorado para pensar las representaciones que cada lugar expresa y la importancia que tiene para aquella persona que le dio ese nombre.

El dotar de nombre a un lugar implica un proceso social en el cual lo que se nombrará a través de una relación simple o compleja, le asigna significado y sentido a lo que se nombra. En el caso de Eldorado, muchos lugares son dotados con el nombre de la leyenda debido a su cercanía con otros lugares que, con mucha anticipación, fueron nombrados de esta manera. Así como se mencionó anteriormente, el aeropuerto Eldorado le dio nombre a varios barrios vecinos, entre ellos Villas de Eldorado, Sabanas del Dorado, Granjas del Dorado, La Selva Dorada, Fuentes del Dorado, El Dorado y así, dentro de estos barrios, se encuentran lugares que insisten en Eldorado como nombre de viviendas y comercios, para así generar un fenómeno de contaminación. Es decir, la razón por la cual en algunos lugares encontramos panaderías llamadas Eldorado, tiene que ver con el nombre del barrio o espacios vecinos de gran relevancia con dicho nombre, incluida la avenida Eldorado que conecta el centro histórico con el aeropuerto. Esto se conoció a través del trabajo de campo y entrevistas en estos lugares. Pero esto no significa que el dotar con este nombre a estos lugares sea un proceso automático: también existe intencionalidad en nombrar lugares para hacer uso de su imaginario a manera de augurio o como una asociación con la orfebrería prehispánica.

Por otro lado, Eldorado en otros casos no está conexo a este fenómeno de contaminación; existe un interés explícito por nombrar Eldorado bajo un proceso particular que dota de significado el lugar que nombra, es decir, hay lugares en la ciudad donde no hay barrios, ni avenidas, ni aeropuertos cerca de un lugar nombrado Eldorado, y ello constituye otro tipo de acercamiento sobre el caso, con asociaciones a la leyenda muy particulares. También existen espacios que dan lugar al fenómeno de manera combinada, tanto por contaminación e interés. Nombrar lugares y cosas, en este caso es darle vida y sentido al imaginario.

Pero ¿por qué tiene tanta relevancia el nombre Eldorado en una ciudad como Bogotá? Precisamente los imaginarios y el espacio son reflejo del pasado, siendo el Eldorado parte de un discurso de élites nacionales por casi 150 años, en las que, desde las ciencias, la política y la comunicación, han tenido efecto en la cultura nacional y en la cotidianidad de los habitantes de la capital colombiana. Esto en consecuencia nos plantea un enlace con la propuesta de *los imaginarios urbanos*: la identidad problematizada en las formas expresivas en las que los individuos, mediante formas simbólicas de representación, nos cuentan quiénes son y que relatos hegemónicos replican:

El problema de la identidad hay que definirlo no como una palabra que hay que coger desde afuera, sino que la identidad está por dentro de nosotros, (...), la identidad está por dentro y hay que revelarla y de esa manera. Entonces nos parece que el proyecto de los imaginarios es precisamente un intento para captar eso que serían los procesos de construcción de la identidad desde las puertas interiores de la vida social colectiva (Silva, 1993, p. 101).

Justamente la noción de *imaginario* con la de *identidad* encuentra un vínculo crucial para el caso de Eldorado, donde el enlace entre estas dos nociones encuentra sentidos en la leyenda, la cual se ha apropiado por la vida social de diferentes formas. Tanto así que los imaginarios de Eldorado no se restringieron a lugares en Bogotá: también a objetos, marcas comerciales, eslóganes publicitarios y otras representaciones de Eldorado fueron compartidas por personas y también fue parte de la búsqueda de casos para investigación. Estos dos conceptos, imaginario e identidad, tienen una conexión en el planteamiento de esta investigación, y es el efecto del discurso nacional sobre la identidad cultural y la identidad nacional de los colombianos a través de la leyenda de Eldorado. Al respecto, Benedict Anderson (1993) nos propone que esa construcción de identidad nacional es un elemento *imaginado*, que puede entenderse como el resultado de un proceso de construcción de imágenes y representaciones sobre elementos comunes entre los individuos:

Es *imaginada* porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán, ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión (p. 23).

De esta manera, el interés de percibir varios imaginarios sobre una leyenda, sobre un nombre y sobre las múltiples representaciones que se han construido a través de la materialidad y la imaginería de la historia de Eldorado, no se queda parado solo en la ciudad, en su espacialidad, sino en la materia prima de la cultura: el símbolo. Este podrá transportarnos desde la imagen, la narración, el agüero o augurio y otras formas en las que Eldorado toma posesión, para pensar los fenómenos de contaminación e interés a la sociedad que se ve anudada a él:

Los imaginarios son colectivos —son sociales, son compartidos socialmente—, lo que no debería asumirse como un carácter universal. Pueden estar anclados y ser reconocidos por pequeños círculos sociales o por extensos mundos sociales, pero siempre son un producto de la interacción social entre las personas. Se construyen a partir de discursos, de retóricas y prácticas sociales. Una vez construidos tienen la capacidad de influir y orientar las prácticas y los discursos, sin que ello implique que quedan inmóviles (como el lenguaje con el que se moldean, mientras están vigentes se modifican). Por eso producen efectos concretos sobre los sujetos, efectos de realidad (Lindón, 2007, p. 9-10).

Lo dicho anteriormente por Lindón, nos posibilita ver las múltiples aristas que nos llevarían a conocer las representaciones del imaginario de Eldorado en Bogotá: podemos estar ante la confirmación de la construcción de una identidad nacional bajo los preceptos de las élites intelectuales y políticas que han influido en la percepción de que Colombia es un país rico y todo lo que eso significa. La sociedad capitalina se siente identificada con una versión hegemónica y gloriosa del pasado prehispánico, más que con una visión decolonial sobre el presente indígena, de los pueblos afro (que vinieron esclavizados a trabajar en minas buscando oro y riquezas para los europeos), los campesinos y los marginales que son parte indispensable de otras visiones de pasado asociadas con los efectos de esas búsquedas de riqueza en el país. Como consecuencia, la reconocida orfebrería prehispánica se ha consolidado

como una expresión material y cultural de los antiguos pobladores de Colombia. Eldorado ha venido a ser el significante y el símbolo para llamar la fortuna, que se asocia con la abundancia de riquezas, el oro y la maestría orfebre que se ha hecho visible en Colombia. En su devenir, Eldorado ahora es el nombre de establecimientos comerciales, de marcas, las ideas sobre los símbolos de Eldorado están asociadas a abundantes estrategias de publicidad. Pero también Eldorado ha sido una estrategia para ser reconocidos por los extranjeros que visitan nuestra ciudad y Eldorado es un nombre de por sí llamativo y con carácter universal, lo cual se acopla fácilmente a las dinámicas del turismo y cosmopolitización de la capital. Estos imaginarios producen efectos de realidad en la materialización de un nombre que evoca diferentes significados, que son espacios tangibles, visibles y públicos y que son habitados día a día por miles de personas.

2.1 METODOLOGÍA

La *búsqueda* tuvo varias fuentes, provenientes de quince personas que libremente participaron compartiendo sus hallazgos a través de diferentes medios, principalmente digitales. Sin embargo, el gran cuerpo de información se recolectó en un ejercicio investigativo al recorrer la ciudad, al preguntar y así, poco a poco, descubrir espacios y lugares con este nombre. Adicionalmente, la tesis de investigación que precedió el presente estudio también aportó una acumulación importante de fuentes y datos relacionados con Eldorado.

Se ideó una estrategia digital en redes sociales⁶ para incorporar hallazgos de Eldorado por parte de personas que se sumaron a la búsqueda de Eldorado. A través de un perfil en Twitter y la *fan page* de Facebook *Busquemos Eldorado*, se compartieron fotografías de lugares, artículos noticiosos, publicidad, fotografías de productos comerciales, entre otros, asociados a Eldorado: por medio de estas redes también se invitó a los lectores a compartir sus

6 La cuenta en Facebook es: <https://www.facebook.com/BusquemosEldorado>. La cuenta en Twitter: @BuscaEldorado.

hallazgos. Por un lado, la estrategia se orientó a divulgar el proceso de búsqueda de estos espacios y así dialogar con las personas que frecuentan redes digitales como Twitter y Facebook, también incorporando nuevas apuestas sobre el lugar del conocimiento y el acceso público al mismo en el transcurso de la investigación. Por el otro, se buscó que las redes sociales fuesen espacios colaborativos, donde cualquier persona pudiera compartir sus hallazgos. Esta apuesta interactiva propuso la búsqueda de imágenes o lugares asociados a Eldorado, bajo la recompensa del crédito del hallazgo en las redes; una analogía simbólica en la que la búsqueda de Eldorado cambiaba de forma para los fines concretos de esta investigación. El cuerpo completo de hallazgos e interacciones está disponible de manera abierta a través de las cuentas reseñadas.

Para sistematizar los hallazgos se creó una matriz cualitativa, donde a partir de categorías de análisis, se pudo tener una visión mucho más clara y detallada de cada evento, lugar o caso asociado a Eldorado. Luego se procedió a mapear aquellos hallazgos con ubicación dentro de la ciudad en los casos que correspondía. Reconocer estos lugares en Bogotá fue el paso para realizar veinte entrevistas semiestructuradas y abiertas con dueños y trabajadores de negocios llamados Eldorado. También, la búsqueda de Eldorado implicó trabajo de archivo digital, en registros comerciales y de vivienda de la ciudad, persiguiendo el nombre. Una vez consolidada una base documental con diversidad de fuentes clasificadas, se partió de la etnografía como base epistemológica para hablar de Eldorado y sus imaginarios en Bogotá como un fenómeno vivo en la cultura. Así, la etnografía permitió observar, describir y analizar cada caso, sus fuentes, sus representaciones, símbolos, significados y usos para dialogar con ellos y también interpretarlos en sus propios contextos.

También se recurrió al uso de herramientas del análisis de discurso las cuales fueron claves para sistematizar opiniones de personas en foros digitales y notas de prensa nacional, especialmente en el caso del cambio de nombre del aeropuerto Eldorado en entre 2010 y 2012. En total se registraron 75 hallazgos de Eldorado para 2013, de los cuales el 46.6% corresponde a marcas comerciales, publicidad y otros; 37.3% a lugares comerciales y

negocios con sede en la ciudad, y el 16% a lugares residenciales entre barrios y edificios.

3. IMAGINARIOS DE ELDORADO

Para comprender cómo Eldorado se refleja en distintos imaginarios en Bogotá, se partió de una analogía con la *búsqueda de Eldorado*, proponiendo su vigencia y conexión entre sus representaciones, significados y usos. Esta búsqueda sobrepasó los límites de los espacios físicos de la ciudad y se recopilaron otro tipo de *hallazgos de Eldorado*, igualmente relevantes en la asociación general con sus imaginarios que no se restringen a lugares de la ciudad y están conectados con representaciones que también suelen ser subjetivas. Sin embargo, esa subjetividad le imprimió un sentido reflexivo sobre cómo cada caso asociado se conecta con ideas comunes que existen sobre la leyenda de Eldorado, su asociación con la identidad colombiana, su relación con la orfebrería prehispánica y una suerte de pasado común, la idea de riqueza que recae sobre Colombia como nación ante extranjeros y la noción de malicia indígena, que vincula aquel pasado común con Eldorado.

3.1. ELDORADO Y EL DESBORDE A LO COLOMBIANO

Eldorado como narración, como representación y símbolo, se encuentra en un imaginario que apunta a una identificación con *lo colombiano*. A pesar de que *Busquemos Eldorado* estaba restringida y propuesta para pensar a Bogotá como escenario geográfico en el que se manifiestan ciertas relaciones con la leyenda, hay casos en los que se visibilizan dos situaciones: la primera es que la condición de capital de Colombia le brinda una potencia discursiva a algunos fenómenos que surgen de la capital, pero que su contenido impacta a todo el país; el segundo caso, el de imágenes y representaciones simbólicas de productos y de lugares comerciales, entre otros, que son de dominio o de conocimiento nacional. Estas dos circunstancias hacen que lo que se enuncia, lo que se representa en Eldorado en estos casos puntuales, tienen una preeminencia significativa en la relación con *lo colombiano*.

Ahora, es complicado entrar a definir *lo colombiano* como un concepto que en efecto pueda dar cuenta de la magnitud de relaciones socioculturales, expresiones, tradiciones, costumbres, *ethos*, entre otros elementos que podrían aproximarnos a la comprensión de lo que significa puntualmente eso, *lo colombiano*. Pero con Eldorado y su desborde hacia la relación con el país, podemos ver algunos elementos que necesariamente se cruzan con los otros imaginarios que veremos, ya que las características de ellos le son inherentes.

Para pensar algunos casos donde se parte de esa idea de *lo colombiano* a través de Eldorado, como un imaginario instaurado en nuestra sociedad, miremos algunos casos representativos que permitan sostener este argumento.

En primera instancia es necesario hablar del lugar que tiene el aeropuerto Eldorado en Bogotá y en esa relación con Colombia, no solo por su nombre o por ser el primer aeropuerto internacional del país, sino por otros elementos que juegan a favor de la figuración de representaciones y símbolos de Eldorado frente a Colombia. Este fue concebido bajo el mandato de Gustavo Rojas Pinilla, construido en 1959, fue la obra de inversión pública más grande que en su momento se había hecho, todo con la intención de dar un empujón al país, siendo Bogotá su capital y motor económico de la nación.

Hay varios elementos que son llamativos en esta historia y que se relacionan con Eldorado. El espacio donde se construyó el aeropuerto era parte de la laguna de Bacatá, lugar sagrado para los muisca y que fue desecado en busca de Eldorado en épocas de la conquista y la colonia. En el momento en el que se construyó Eldorado (décadas de 1950 y 1960), el país vivía un ambiente de construcción de una identidad nacional a partir de grandes obras de infraestructura que llamaban al progreso y a la unión nacional, pero también desde el arte: el colectivo Bachué fue muy importante en crear un arte autóctono que se basó en la exaltación del pasado indígena, sobretodo el asociado con los muisca.

Pero otro elemento importante aquí es que el nombre de Eldorado no fue escogido por un colombiano. El aeropuerto tuvo el apoyo e intervención de Air France, empresa que asesoró todo el proceso de construcción y puesta en marcha del terminal aé-

reo. Se quería un nombre «terrágeno», propio de esta tierra, y se pensó en varios vocablos de la lengua chibcha, pero su carácter de aeropuerto internacional buscaba que ese nombre fuera sonoro, de fácil pronunciación y que se recordara muy fácil. Uno de los asesores de Air France propuso Eldorado como nombre, ya que evocaba todo lo que se buscaba: una identidad con el pasado, con lo originario de aquí, que fuese reconocido internacionalmente y además que cumpliera con la aspiración de que el nuevo aeropuerto atrajera riquezas comerciales al país (González *et al.*, 1990).

Este panorama histórico se une a una cotidianidad que hace parte de la rutina de la ciudad y del país desde hace más de cincuenta años, pero sobre todo a la rutina de las personas que viajan, ven noticias y han tenido presente el nombre Eldorado asociado al aeropuerto desde su construcción: esto tiene un efecto dentro del uso social del nombre y la naturalidad con que las dinámicas de las personas lo asumen. En 2009 el aeropuerto se enfrentó a una polémica propuesta de cabildantes de la capital, que plantearon cambiarle el nombre de Eldorado al de «Luis Carlos Galán Sarmiento»⁷, en conmemoración de los veinte años de su magnicidio. Al respecto hubo mucho revuelo y descontento desde diferentes sectores, tanto políticos, académicos, intelectuales y ciudadanos que se opusieron al cambio del nombre. Esto generó un sinnúmero de denuncias y opiniones donde la «gente de a pie» fue participando de espacios en redes sociales y foros de noticias en páginas web, en la que hacían un ejercicio de hacer visible los múltiples imaginarios que evoca el nombre Eldorado en el espacio del aeropuerto. Por un lado, Armando Silva generó una opinión al respecto en un artículo publicado en el diario *El Tiempo*, llamado «El Dorado: asesinato de un nombre», donde usó las siguientes palabras para referirse al caso:

Nombrar un objeto, como a una persona, es darle identidad. Acto conmemorativo en el cual el pasado y el futuro se conjugan y por esto excede lo material para abrirse a la riqueza de los símbolos. Las cosas tienen alma y los nombres de las cosas, historia y carácter. Es tan poderoso el acto de nombrar que para la religión el hombre nació cuando Dios dijo «hágase el mundo», o en la mitología griega, por el hecho de mirarse ante el río

7 Líder político y máxima figura del Partido Liberal en la segunda mitad de la década de 1980, quien fuera asesinado en 1989 cuando estaba en campaña presidencial.

y ver reflejado su rostro, aquel primer aventurado pudo existir porque pudo nombrarse. Si banalizamos las identidades sin importarnos su historia y destino, las cosas terminan por volverse contra nosotros mismos... El Dorado, como nombre colectivo, se nutre del mito, de uno anterior a la llegada de los españoles, propio de las culturas muiscas, que, a propósito, también sufrieron asesinatos en serie, quienes recrearon la leyenda de sus caciques bañándose en oro en la laguna de Guatavita, como en otras culturas precolombinas que lo asociaban con el sol y el agua. También expresa la búsqueda de los europeos por este metal dorado, en especial en esta zona cundiboyacense. Mientras esto ocurría se fue fundiendo una nueva civilización hasta llegar al bogotano mestizo de hoy. El Dorado significa, entonces, exploración de un mito fundador, que ahora se sigue buscando por los aires (Silva, 2009).

Pero los argumentos más contundentes se hallan en la relación con que los colombianos expresaron su descontento a través de foros de opinión en las plataformas digitales de prensa y también en redes sociales, especialmente Facebook y Twitter⁸:

El Aeropuerto El Dorado de Bogotá debe continuar con su emblemático nombre que resalta nuestra historia y cultura precolombina. Nombre reconocido ante el mundo como los grandes aeropuertos que reciben millones de pasajeros.

...

Constantemente vemos como eliminan elementos de nuestra identidad cultural y, aunque crean que un nombre no tiene importancia, «El Dorado» es aquel que al ser mencionado evoca mucho de nuestra historia y hace que colombianos y extranjeros identifiquen los verdaderos orígenes no avergonzantes de este país!!!

...

El Dorado es y seguirá siendo el nombre más hermoso de un aeropuerto en todo el mundo.

...

La voz de los colombianos que no estamos de acuerdo con el cambio del nombre del Aeropuerto EL DORADO, debe ser oída. Si bien Luis Carlos Galán fue un personaje importante para la política colombiana ya ha reibibido merecidos homenajes; pero en este caso creo que su nombre

8 Las presentes citas no contienen nombre ni seudónimo, tampoco se especifica la fuente directa de donde se extrajeron, esto como garantía de opinión y reserva de las personas que participaron en los foros de discusión. Se preservan los textos como originalmente fueron escritos. Se subrayan frases y palabras claves dentro de mi argumento. Al mantenerse en privado las fuentes, y también al ser interacciones muchas veces anónimas, no hubo consentimiento informado para el trabajo con dichas opiniones. Estos fragmentos fueron recolectados en fuentes de acceso público en diferentes momentos entre 2010 y 2012.

no aglutina a todos los colombianos. El DORADO, es un nombre que está arraigado a nuestra historia, en nuestro pasado, en nuestro corazón, reconocido internacionalmente. Es el que queremos seguir escuchando cuando regresamos a nuestra capital desde el exterior, o cuando dentro de nuestro mismo país arribamos a Bogotá. Así por ley se cambie el nombre del aeropuerto seguirá siendo para nosotros «EL DORADO».

...

es bueno que el Aeropuerto siga llamándose EL DORADO porque este nombre atrae la inversión extranjera y la confianza inversionista de esta colonia.

...

El nombre debe ser Eldorado... Si se hace el cambio entonces por qué no llamar a Monserrate «el atraco», a Bucaramanga «ciudad hormiga», a Neiva «ciudad Lara», a Medellín «ciudad Botero»? Esos homenajes son tan ingenuos como ridículos. El nombre de Eldorado se complementa con el Museo del Oro. Será que el nombre propuesto queda bien complementado con los calzocillos y las medfías de Galán?

...

El Dorado es el Dorado así de sencillo, ya los colombianos lo tenemos en nuestra mente. Propongo mejor que el desprestigiado "Palacio de NARI" le cambien el nombre por el de Luis Carlos Galán... de pronto empiezan los paras a salir por la puerta de atrás.

...

La leyenda de Eldorado que representa la majestad de nuestros ancestros y su riqueza es tal que, uno de los modelos de autos más elegantes y finos del mercado fue, hasta 2003, el famoso Cadillac Eldorado. No al cambio.

...

Los bogotanos le agradeceríamos a la familia de Galán que se OPONGAN ROTUNDAMENTE a esta estupidez...Fuera de el país es un orgullo escuchar AEROPUERTO ELDORADO.

...

NO AL CAMBIO DE NOMBRE DE EL DORADO El Dorado, evoca nuestros orígenes), en el exterior las personas que conocen de historia saben relacionar Eldorado con Colombia y su historia. ¿Por qué generar cambios en las cartas de navegación con un nombre que podría resultar hasta confuso???? no bastan los grandes escenarios como el velódromo?, en Colombia reconocemos lo valioso que fue Luis Carlos Galán y el crimen tan bajo y cruel que contra él y Colombia se cometió...eso está en nuestra sangre y en la memoria... Pero es un desacierto cambiar el nombre del aeropuerto de Bogotá...es un error, un atentado contra el patrimonio inmaterial de la nación. Como ciudadano y como colombiano me duele esa decisión. Me opongo rotundamente!

Este panorama de referentes que están intrínsecos al nombre, al significado, a lo que representa y simboliza Eldorado, está orientado a una espacialidad que va más allá de Bogotá y que tiene

que ver con el perfil de una identidad nacional construida a partir de los contenidos de Eldorado. Es por eso que el Museo del Oro aparece como referente, también la orfebrería, el sentido estético del nombre, la relación con *raíces*, *ancestros* y una suerte de memoria sobre un pasado común.

En 2012, en el proceso de las obras de expansión y modernización de la terminal aérea hizo que fuera tema de discusión nacional una vez más, y esta vez también hubo voces de ciudadanos que interactuaron a partir de su imaginario y su interpretación libre sobre el nuevo logotipo que representaría al aeropuerto como marca. Aquí algunos ejemplos de creatividad que rotaron por internet.⁹



IMAGEN 1 de @alejoimagen (Twitter): Reinterpretación del nuevo logo del aeropuerto El Dorado junto con el símbolo nacional del Divino Niño.



IMAGEN 2 de @_carlosduque (Twitter): Asociación de figurilla que representa un pez alado con los aviones del aeropuerto El Dorado.

9 Las imágenes cuentan con una referencia a su autor en forma de seudónimo o *nickname* de Twitter, mas no hay una referencia exacta de la persona que la creó, ya que fueron extraídas de un espacio externo que se dedicó a compilar dichas imágenes.



IMAGEN 3 de @WillyXytp (Twitter): Dibujo de indígenas representando el ritual de Eldorado y asociado al aeropuerto El Dorado.



IMAGEN 4 Y 5. Diseño creado por el grupo de Facebook «Por un proyecto de ley que le devuelva el nombre al aeropuerto».

Pero el desborde de lo colombiano en Eldorado no solo tiene que ver con el aeropuerto, también se relaciona con la reiterativa presencia de piezas de la orfebrería prehispánica en la numismática y en marcas comerciales que tienen reconocimiento nacional. Pero no es Eldorado por ser orfebrería, es Eldorado en sí mismo representado por la balsa muisca y por una asociación directa que existe entre un pectoral de la cultura tolíma, el cual se encuentra asociado a múltiples casos con el nombre Eldorado, como lo es el siguiente caso:



IMAGEN 6. Pieza publicitaria usada en directorios telefónicos de Bogotá con la fotografía de la balsa muisca Imagen tomada en 2014 de <http://www.paginasamarillas.com.co/guia/gcbogota>.

Este hallazgo en la red aparece en el portal de páginas amarillas de Bogotá. En su sección «Guía de la ciudad» invitan a conocer diferentes lugares de la capital: el primero es el Museo del Oro y la imagen que lo acompaña es la balsa muisca con un eslogan que fue famoso en esos años: «*Colombia, el riesgo es que te quieras quedar*», asociación intencional que corresponde a la política pública gestada en el gobierno de Álvaro Uribe (2002 a 2010). Con su política de Seguridad Democrática, partió de la recuperación

de las vías rurales y carreteras del país de la mano de movimientos insurgentes, contrainsurgentes y delincuencia común, creando así una estrategia comunicativa destinada a redefinir la violencia que ha marcado la historia colombiana, pero también la percepción que se ha consolidado internacionalmente. Esta política de seguridad fue acompañada con un fuerte despliegue mediático que invitaba a los colombianos a volver a *salir de las ciudades* y viajar por el país. Una vez consolidado este mensaje, se proyectó el rol del turismo y la inversión extranjera como motores de la economía del país, y una parte fundamental que garantizaría esto vendría de la imagen que el país proyectara. Así se construyó una estrategia mediática que apuntó a diferentes escenarios que reinventaron y fortalecieron los imaginarios positivos del país para poderlos exportar, pero para fortalecer el de los habitantes de Colombia, tratando de contradecir y reducir los imaginarios sobre la violencia y el narcotráfico de los cuales tanto se habla en el exterior.

Otros dos hallazgos compartidos por personas que siguieron la investigación a través de las plataformas de *Busquemos Eldorado* nos llevan al campo de la música en el cual Eldorado aparece de diferentes maneras, pero en ambas hace referencia a *lo colombiano* como un rasgo que es visible en diferentes aspectos de una comunión de los habitantes del país, o frente a una analogía de la riqueza que tiene el territorio colombiano. El primer caso proviene de Beatriz Gubert quien compartió una cita de Manuel Zapata Olivella¹⁰ en la que evoca Eldorado: «El verdadero tesoro de El Dorado es la inexplorada riqueza de la tradición musical de Colombia: la creatividad multiétnica y pluricultural del mestizaje amerindio, africano e hispánico que contiene la presente grabación» (Zapata Olivella en Pulido, Moreno y Takeishi, 1998). El factor «Colombia» en este caso hace parte de una metaforización del significante de Eldorado a partir de los principios de unidad del país basados en la autoidentificación de un territorio multiétnico, pluricultural y ancestral, factores que conectan con la estructura simbólica de

10 Manuel Zapata Olivella (1920-2004) es un médico, antropólogo y escritor colombiano, altamente reconocido por sus aportes en la visibilización de la cultura afrocolombiana asociada a la investigación social, el arte y la difusión en prensa, radio y TV.

Eldorado, su relación con las sociedades orfebres prehispánicas y sus creaciones materiales de oro como mediador de la grandeza cultural. En el segundo, Cristian Camilo Novoa¹¹ evocó el segundo trabajo discográfico de la emblemática banda bogotana Aterciopelados, quienes decidieron llamar a su álbum *El Dorado*. De este se destacan canciones que sonaron mucho en radio y que son un hito del rock colombiano y latinoamericano: «Florecita rockera», «Bolero falaz», «Mujer gala», «Pilas» y «La estaca». Pero hay dos canciones que llaman la atención y que como expresión artística relacionan a Eldorado con la identidad colombiana: «Colombia conexión» y la canción homónima del disco: «El Dorado». En «Colombia conexión»¹² se hace un repaso sobre los símbolos nacionales, lugares emblemáticos del país, elementos comunes, asociaciones políticas y los sentimientos que despierta vivir en esta tierra; la canción fue un éxito y de manera muy rápida se convirtió en un himno colombiano alternativo de la juventud en la década de 1990. «El Dorado»¹³, la otra canción que nos llama la atención, simplemente juega con el sentido de la búsqueda que implicó Eldorado y evoca el tiempo ancestral en que esto sucedió.

De esta y de muchas otras maneras, vemos que la forma en cómo se evoca Eldorado orienta la mirada a conectarlo simbólicamente con *lo colombiano* al ser este intrínseco a la historia y a la naturaleza del país. Veremos en los siguientes apartes que, si bien hay detalles aquí expuestos que tienen que ver con esa idea de *lo colombiano*, esta se conecta con detalles propios de otros imaginarios, estando estos muchas veces compartiendo elementos simbólicos que no separa tajantemente, pero sí hay diferencias claras entre un imaginario y otro.

3.2. ELDORADO Y LA ORFEBRERÍA:

¿ANCESTROS PREHISPÁNICOS? EL CASO EL PECTORAL TOLIMA

La relación el Eldorado con la orfebrería prehispánica tiene una evidente relación con la materialidad del oro, de la búsqueda

11 Economista de la Universidad Externado de Colombia.

12 Canción disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=CKaE3B5xR5I>.

13 Canción disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=ucLB-09MDI0>.

y la noción de riqueza que tenían los europeos frente a las posesiones de los nativos americanos. En general, cualquier elemento orfebre perteneciente a una comunidad prehispánica tiene la potencia de relacionarse con Eldorado y con la idea de la guaca, ya que el oro como materialización de la riqueza fue el condicionante de la búsqueda infatigable en la conquista, la colonia y recientemente en la era republicana. Esta situación no condiciona únicamente las creaciones orfebres de los muiscas, sociedad que habitó el hoy llamado altiplano cundiboyacense (región en la que se encuentra Bogotá D.C.), en la que surge el legendario relato sobre Eldorado. Buena parte de las comunidades orfebres del territorio que comprende hoy Colombia y muchas otras sociedades por fuera de las actuales fronteras, pasaron por bajo el escrutinio de los aventureros que fueron dejándose guiar por la codicia y la sed de oro, a lo largo y ancho del continente americano.

La relación con la orfebrería no se agota en ese punto. A partir de un momento en la historia de Colombia se comienza a revivir el nombre Eldorado para darles lugar y cabida a dichos objetos. En el proceso investigativo se hallaron tres momentos que son fundamentales para pensar la manera en que se relaciona la orfebrería con Eldorado: el primer momento es 1882 con Liborio Zerda, un intelectual prominente que dedicó parte de su vida como aficionado y apasionado al conocimiento e interpretación de la historia de los antiguos habitantes del país. Él, en su tarea, recopiló una serie de informaciones y, basado en las teorías sociales provenientes de Europa en ese momento, se lanzó a interpretar a algunas comunidades prehispánicas del país; lo hizo en el *Papel Periódico Ilustrado* en 1882 a través de una separata que se llamó *El Dorado*. En ella usaba el recurso de narrar las diferentes rutas que los conquistadores tomaron al conocer la leyenda y a través de describir su fracaso, saltaba a la descripción de los antiguos pobladores de las regiones colombianas, sus obras, su comprensión del mundo, entre otros elementos. Como dato curioso, en Zerda (1972) hay tres situaciones que lo hacen especial: la primera es que en esa década se consolidaron varios símbolos nacionales y entre ellos el mundo de la orfebrería y la cultura material de los antiguos pobladores del país llamaban mucho la atención; la se-

gunda es que estas narraciones y descripciones de Zerda fueron parte de una serie de informes que se enviaron al Museo Etnológico de Berlín, en una gran empresa académica (y también política) de recolectar información de todo el mundo; y la tercera es que Zerda en su *El Dorado* describe un descubrimiento importantísimo, pero que no cobra valor nuevamente sino hasta 1969, cuando en la laguna de Siecha, al desecarla, se extrae una balsa de oro *que representa la ceremonia de El Dorado* (Zerda, 1972, p. 31). Sin embargo, dicha pieza fue enviada al Museo Etnológico de Berlín, con tan mala fortuna que esta pieza se derritió en el puerto alemán de Bremen.

El segundo momento tiene que ver con la apertura del Museo del Oro y el interés institucionalizado de preservar y divulgar la orfebrería prehispánica de las comunidades que habitaron lo que hoy es Colombia. A pesar de que el museo como espacio ha tenido diferentes momentos en los que su exposición ha oscilado entre lo privado y lo público, sí se puede ver un interés de acopiar la inmensidad de objetos, de clasificarlos, de darles un sentido interpretativo desde el conocimiento científico (la arqueología), pero también en sentido útil para la construcción de una identidad nacional a través de los vestigios materiales de los antiguos moradores del territorio. Al principio (fue fundado en 1939), el Museo del Oro era un lugar restringido para visitantes ilustres, para la élite colombiana y usado frecuentemente para reuniones que se daban en presencia de vitrinas repletas de piezas de orfebrería prehispánica. Fue hasta el final de la década de 1950 cuando el museo abre sus puertas al público en general con una orientación educativa para sus visitantes. A partir de este momento el discurso museal y la potencia de las piezas en exhibición generan un efecto de reconocimiento a la orfebrería nacional (y es con ese sentido, integrar las obras de las culturas prehispánicas al discurso de la nación) en diferentes planos incipientes como lo fue el arqueológico, el educativo y el turístico. A tal punto, la magnitud de orfebrería del país le supuso al Museo del Oro crear filiales en diferentes regiones del país; en Bogotá es un referente obligatorio para los visitantes y también lo es en sus apuestas regionales.

Es así como el Museo del Oro figura como elemento clave dentro de la construcción de un imaginario de Eldorado que engloba en un solo paquete la *orfebrería colombiana* (a riesgo de sonar anacrónico, pero con la intencionalidad de recalcar la integración a una idea nacional muy posterior a la existencia de los nativos del país): esto a través de la emisión histórica de estampillas, monedas y billetes de circulación nacional en los que se hizo visible la orfebrería y donde se señalaba al Museo del Oro como contenedor de ella; también el museo tuvo un lugar fundamental en la construcción de un discurso acerca del oro, de la riqueza cultural, ambiental, a través del hilo simbólico del metal precioso. Pero es en 1969 cuando se halla una pieza fundamental para la articulación de la orfebrería con Eldorado: la balsa muisca entra a la colección del museo y adquiere un lugar principal para darle sentido, no solo estético, sino una argumentación que sustenta la idea de Eldorado.

En la actual exhibición, la balsa muisca está expuesta sola: es la única pieza de la colección que goza de privacidad y exclusividad. En el mismo discurso museográfico, después de ver esta pieza, existe una puesta en escena llamada «la sala de la ofrenda», como una construcción del sentido ritual que tenía el oro y las piedras preciosas para las comunidades prehispánicas, pero a la vez esta sala es una clara representación de Eldorado, en el sentido en que la abundancia de piezas orfebres provenientes de todo el país se agolpan en las vitrinas alentando la idea de riqueza de la tierra colombiana representada y simbolizada por el oro de los indígenas ancestrales.

Y el tercer momento tiene que ver con el movimiento artístico del país en el que se exaltó lo indígena como referencia a lo ancestral y las obras de orfebrería. Hablamos del movimiento artístico de «Los Bachué» que en la década de 1920 partieron de la motivación latinoamericana de construir un arte propio a partir de enaltecer las raíces culturales del país. En particular existió una relación profunda, entre la sociedad muisca como una de las más brillantes en el territorio nacional, y la búsqueda de formas artísticas locales. En esta búsqueda artística que no solo estuvo en el Movimiento Bachué, la reproducción y representación del arte indígena también ha estado presente en la mentalidad de nuestra

sociedad: en el proceso de investigación muchos hallazgos relacionados con Eldorado estaban vinculados a una pieza de orfebrería que no es muisca y tampoco era la Balsa que representa Eldorado. Hay una asociación a un pectoral de la cultura Tolima el cual aparece como representación de una gran cantidad de espacios relacionados con Eldorado. Ahora, en la búsqueda de encontrar una relación o una justificación para esta asociación entre imagen y nombre (pectoral-Eldorado) encontramos una obra del artista Pedro Nel Gómez que en 1959 creó un mural que se encuentra en la ciudad de Medellín y evoca el pasado indígena y simboliza el origen de la «Historia del desarrollo económico de Antioquia», usando el pectoral de oro de la cultura tolina. Sin embargo, el interés de Gómez sí era retratar Eldorado, sobre todo por la relación con el oro de las antiguas culturas que habitaron Antioquia y por el papel que tuvo la búsqueda de Eldorado en el departamento en épocas de la conquista (especialmente existen referencias en crónicas sobre el lugar llamado Dabeiba en el departamento), pero también es un reconocimiento a los barequeros y a la importancia de la minería dentro del progreso antioqueño. Esta interpretación es parte del análisis y el estudio escrito por Diego León Arango Gómez y Carlos Arturo Fernández (1959).



IMAGEN 7. Mural «Historia del desarrollo económico de Antioquia» (¿1956?) - Parque Berrio Medellín – Antioquia.

Narrar estos tres escenarios es fundamental para pensar la manera en que se genera un imaginario y existe un uso social de la imagen, de los símbolos y de las representaciones sobre elementos que han comunicado por décadas desde diferentes fuentes.



IMAGEN 8. Billete de 20 pesos, 1972. Cara: el sabio Caldas / Reverso: piezas prehispánicas de las culturas quimbaya, tolima, tayrona, calima y muisca (Museo del Oro).



IMAGEN 9. Billete de 2 pesos, 1973. Cara: Policarpa Salavarrieta / Reverso: balsa muisca (representa El Dorado y el Museo del Oro).

Y son estas fuentes las que repercuten en los fenómenos públicos y privados de dar nombre a Eldorado, de darle un uso más allá de lo estético, de *lo bonito que suena*¹⁴, es una conexión directa

14 En el proceso de entrevistas a personas propietarias de lugares llamados Eldorado, muchos refirieron esa expresión, como una conexión estética, en muchas ocasiones afirmando cierto grado de belleza y gloria, en la promesa misma de la leyenda.

con el pasado, con las raíces de una sociedad que no encuentra un suelo tan firme como otras, pero que en esa necesidad de afianzar los lazos con el pasado, con la memoria (circunstancias que en este caso son especiales, ya que son pasados y memorias que van más de la mano de la gloria y la grandeza que se ven plasmadas en la cultura material de sociedades que en su mayoría ya no existen, o que existen y tienen un tipo de vida muy distinto al que tuvieron hace más de cinco siglos), y con lo que queremos proyectar como sociedad. Esa importancia que se le da a la orfebrería crea un vínculo frente al pasado y frente a *lo indígena*, pero es una relación que se conecta de una manera particular con estos dos elementos: *lo indígena* como materialidad de sus obras y estas como reflejo de un pasado grandioso. Estos son aspectos valorativos que entran a jugar roles de identificación-exclusión de otras condiciones que están atadas a *lo indígena*, que han sido a la vez parte de procesos socioculturales en los cuales se ha rechazado la herencia cultural de ellos, ya que han sido asociados históricamente con la pereza, con lo incivilizado, lo salvaje, entre otros rasgos que no hacen parte del modelo social de ciudadanía que se comienza a gestar en las colonias españolas ya bien entrados los procesos de independencia.

Es por esta razón que la conexión con el pasado, esa identidad con lo ancestral, está ligada a Eldorado a través de la orfebrería, pero esta también tiene un argumento adicional frente a sus implicaciones históricas: este imaginario usa la representación de la orfebrería no solo como una expresión gloriosa de las sociedades prehispánicas, la orfebrería también es conectada con la llegada de los españoles y los vejámenes que acarrearón las sociedades nativas de América ante el proceso de conquista y de colonia, que básicamente está significado y asociado a Eldorado. El imaginario también se dirige a narrar el proceso cruel de *robo, saqueo y asesinato* al que se enfrentaron las comunidades indígenas al propagarse la leyenda. Y a su vez estas dos divisiones claras que se pueden ver en la relación de la orfebrería con Eldorado, apuntan ambas a una condición natural del espacio colombiano, visto como una reflexión frente al pasado, visto como evidencia de la *riqueza* material que abunda y ha abundado en el país: oro, recursos naturales, biodiversidad, cultura,

climas, paisajes, dos mares, mujeres lindas, son los apelativos más comunes que recaen sobre el país que enarbolan con orgullo sus habitantes. Pero también hay rabia, desprecio y otros sentimientos al saber que históricamente esas riquezas han sido saqueadas por extranjeros o por corruptos que hacen parte del Estado, o que esas riquezas son posesión de los más ricos.

Ahora, retornemos la imagen del pectoral tolima, que se encuentra representado en muchos casos dentro de la cotidianidad comercial del país:



IMAGEN 10. Tienda de artesanías Arteluna.



IMAGEN 11. Loterías Disdorado.



IMAGEN 12. Charcutería y Delikatessen Eldorado.



IMAGEN 13. Tarjeta comercial de la panadería El Dorado.

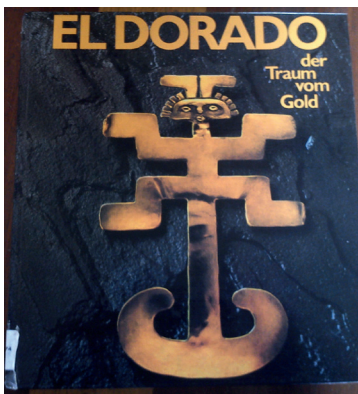


IMAGEN 14. Portada del libro *Eldorado: der Traum vom Gold*.

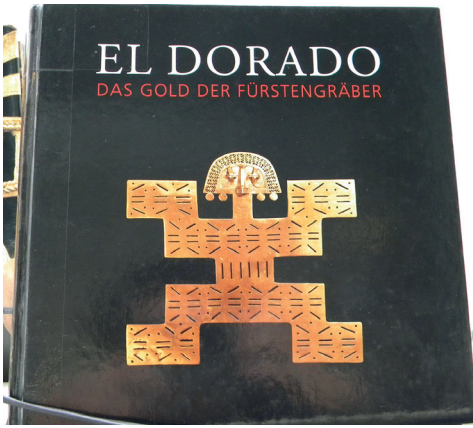


IMAGEN 15. Portada del libro *Das gold der fürstengräber*.



IMAGEN 16. Empaque de licor Coloma.



IMAGEN 17. Empaque de cerveza Club Colombia.



IMAGEN 18. Ferretería Eldorado.

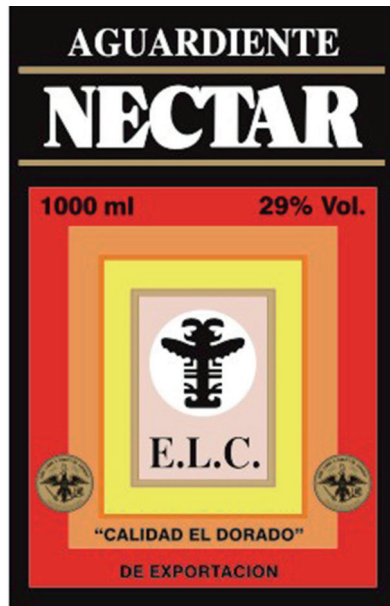


IMAGEN 19. Etiqueta de aguardiente Néctar.



IMAGEN 20. Fachada de la relojería y joyería El Chibcha Dorado.

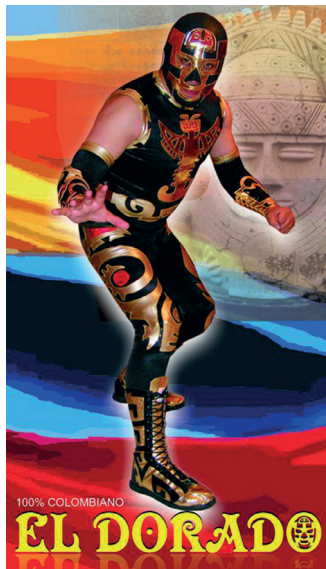


IMAGEN 21. Fotografía del luchador autodenominado «El dorado».

En los casos seleccionados, algunos tienen la relación directa con el nombre Eldorado, otros no, pero aun así hacen parte de este gran conglomerado de imágenes y representaciones del pasado prehispánico que se une a los argumentos ya expuestos, en el que la orfebrería se conecta con el imaginario de Eldorado. A pesar de que no encontramos ningún elemento puntual que nos dijera el *porqué* de la relación entre la figura del pectoral con el nombre de Eldorado, hay varias circunstancias que permiten pensar la relación entre estos dos elementos expuestos anteriormente: el papel del Museo del Oro y lo representado por Pedro Nel Gómez, que señalan un período en la historia colombiana en el que el uso del pectoral se hizo masivo y público. Ese período inicia al final de la década de 1950, ya Gómez había realizado su mural y el Museo del Oro abría sus puertas al público para dar a conocer las obras materiales de los antiguos pobladores del país.

Pero por otro lado está el papel de la cerveza Club Colombia, fundada en 1949 (en ese momento era llamada Club 60) y cuyo logo símbolo, de larga data, adoptó el pectoral tolima. Esta cerveza se fue transformando con el tiempo, pero el logo perduró en la cerveza más exclusiva producida por una cervecería nacional. A la cerveza y a su estrategia comercial se le suman elementos que evocan el pasado: la excelencia, el color dorado como indicador de perfección, pero además hay una fortaleza en el discurso sobre *lo colombiano* que se ve representado en la mejor cerveza del país. En la última década la cerveza ha ganado premios internacionales y se han hecho campañas exaltando sus *medallas de oro* las cuales encajan con su estrategia comunicativa. Además, la marca ha generado estrategias comerciales basadas en la identidad regional, las artesanías, y elementos que conectan con las raíces de *lo colombiano* con campañas como *El orgullo perdido*, con la cual se le da un lugar a las tradiciones y técnicas de construcción de *cultura material* por comunidades campesinas.

Estos tres elementos hacen que el símbolo haya impactado y haya existido una libre asociación al nombre de Eldorado, sin embargo, aquí nos arriesgaremos a dar una interpretación de ese porqué a partir de los sucesos históricos: la leyenda y las ideas que rondaban (y rondan) en la mente de las personas que hablan de Eldorado se conectan principalmente con el cacique que hacía un

ritual en la laguna de Guatavita. Dicho hombre era ungido con polvo de oro y tomaba un baño en la laguna, ceremonia que era acompañaba con ofrendas de oro, piedras preciosas y alimentos, que iban a parar al fondo de la laguna. A pesar de haber otras narraciones sobre Eldorado, este es el enlace primario que sobrevive en Colombia. Ahora, después de siglos de conquista y colonia, solo hasta 1880 se conoce una pieza material que confirme el ritual de los muisca. Pero dicho objeto, descrito anteriormente, corre con la mala suerte de derretirse en su camino al Museo Etnológico de Berlín, y a pesar de existir una imagen de dicho objeto, este no cobró mayor importancia en las imágenes de los objetos más representativos de la orfebrería colombiana. La necesidad de relacionar la existencia de ese hombre *dorado*, Eldorado, con objetos que validaran su existencia, llevó a una operación de analogía que se encontró en las representaciones antro-po-zoomorfas de la cultura tolima. Podríamos preguntarnos: ¿por qué usar una representación tolima en vez de una muisca, si ellos también eran orfebres y tenían cultura material con representaciones antropomorfas? Aquí es posible que la decisión provenga de un sentido estético que no se encontró en las obras de los muisca, y sobre todo porque solo hasta 1969 se descubre la balsa muisca. Es pues así que el pectoral viene a representar esa asociación con el hombre que describe la leyenda. Lo que queda claro es que es un referente instituido en el imaginario social, ampliamente representado en negocios informales, formales de pequeña, mediana y gran comercialización de productos, hasta un personaje de lucha libre autodenominado «Eldorado guerrero muisca», el cual integra en su vestimenta elementos de la orfebrería propia de la comunidad tolima. Pero también la licorera más importante del país con uno de sus licores insigues, el aguardiente Néctar, ha establecido como sello de su marca el mismo pectoral, con la frase «Calidad El Dorado de exportación».

3.3. ELDORADO Y LA VISIÓN PARA EL OTRO (DEL OTRO)

Si bien Eldorado como imaginario se asocia con la identificación con *lo colombiano* que recae sobre el espacio territorial del país,

tiene un potencial comunicativo en el que expresa y da reflejo de valores y acontecimientos que van dirigidos a un público extranjero. Esto tiene una utilidad y una funcionalidad clave dentro de la proyección de Colombia como nación. También hace referencia a las tensiones internas que el país ha desarrollado a partir de la forma en cómo quiere ser visto y como se identifica a sí mismo: esas tensiones son de larga data y son parte de las fracturas sociales e identitarias del conglomerado multicultural del país y de la herencia colonial de la cual somos producto. Además porque solo hasta hace pocas décadas la *diferencia*, la *otredad*, ha podido ser asumida como una identidad polifónica de la nación a partir del reconocimiento constitucional de la diversidad cultural; tiempo atrás la identidad era monofónica y estaba guiada a regir orden, normativizar y controlar lo contenido en la nación a través de implantar dispositivos heterogéneos de identificación. Sobre esto Frederick Martínez (2001) ha hablado sobre el referente europeo en la construcción de la nación a finales del siglo XIX, idea que se conecta con las razones mismas de la independencia del país al no obtener reconocimiento los criollos de Europa en materia política, pero también en condiciones relacionadas con derechos de pertenencia, de herencia y de una identidad cultural que fue negada en el sistema colonial.

Ante esta situación, nuestro país ha creado referentes de cómo quiere ser visto ante los ojos de extranjeros, siendo Eldorado uno de los más funcionales, pero también uno de los más duales ya que este comunica un país lleno de riquezas que están abiertas para el disfrute de los visitantes e inversionistas, pero a su vez es un llamado al recuerdo de que fueron los extranjeros provenientes de Europa los que llegaron a estas tierras a saquear a los antiguos moradores del continente. Y esto es claro en los acercamientos que se tuvieron con algunos espacios de la ciudad y con los habitantes que fueron entrevistados. Pero ahora, ese referente de un imaginario para *el otro* y del *otro* sobre nosotros tiene una raíz profunda en que nuestro país fue el lugar donde Eldorado surge, y adicionalmente nuestra orfebrenría ha viajado y ha recorrido las fronteras gracias a regalos diplomáticos de piezas arqueológicas, licencias de vieja data para

exportar artefactos, o la relación institucional que tiene el Museo del Oro y su acreditada fama mundial de su colección. Es así que el ser ese país rico le dio paso al souvenir, a la imagen que se lleva consigo el turista, a los lugares que visita, lo que se le recomienda visitar y que ellos desean ver: especialmente hay una búsqueda de historias fabulosas y profundidad histórica. Entre ellos, el Museo del Oro es paso obligado, así como aquellos lugares que son referentes de la época colonial, espacios sobre los cuales se ha construido un eje de desarrollo turístico que no solo beneficia aspectos de la economía local y nacional, sino que también afianza el lazo con aquello que se vuelve *mercancía* y una suerte de riqueza en el proceso de interacción con el extranjero: porque, en este caso, el extranjero es el trae la promesa de Eldorado consigo.

En Bogotá muchos hallazgos estuvieron relacionados con espacios turísticos que contaban con una gran inmensidad de *suvenires* de todo tipo, pero especialmente réplicas de objetos de orfebrería y piedras preciosas, o donde la imagen comercial del establecimiento eran piezas de oro. Es llamativo que esta situación se conecta con Eldorado de la misma manera en que la orfebrería se ha asociado con el pasado y la identificación con la cultura material de las sociedades prehispánicas con un sentimiento nacional. Pero la función de estas aquí son de otro calibre: es un llamado de invitación a poder llevarse esas riquezas... esta vez a un precio justo (en algunas circunstancias es justo, en otras, más en nuestro país, el precio se infla cada vez que alguien evidencia su procedencia de otro país), apelando en ocasiones a la idea que reside en el concepto que los colombianos tenemos de *la malicia indígena*.



IMAGEN 22. Fragmento del libro *1000 lugares que ver antes de morir*, sobre el Museo del Oro y Cartagena relacionados con Eldorado y Colombia.

Ahora, esto se conecta con varios acontecimientos que no están del todo sueltos y que nos ayudan a fortalecer nuestro argumento: en libros para turistas, como *1000 lugares que ver antes de morir* (Schultz, 2003, pp. 835-836), se reseñan tan solo dos lugares en Colombia, pero con la curiosa coincidencia de ambos estar relacionados con Eldorado. En el libro se titula la sección dedicada a Colombia como «*El Dorado lives*»; el primer lugar asociado es el Museo del Oro de Bogotá y es acompañado por el poporo quimbaya (ícono de la orfebrería prehispánica e ícono nacional) y el segundo es Cartagena, lugar que en épocas de la conquista y de la colonia

era la puerta de entrada a Suramérica, y también era el lugar de encuentro de aventureros y de muchos europeos que se adentraron en el continente en procura de Eldorado.

A este caso se le suman algunos libros de orfebrería colombiana que tienen divulgación internacionalmente y que son llamados *Eldorado* (ver aparte anterior donde se muestran las imágenes de los pectorales tolima). Pero aún es más dicente el espacio que ha sido construido alrededor del aeropuerto Eldorado como el primer lugar con el que conectan los visitantes del país (aunque esto ha variado, ya que el desarrollo aeroportuario ha logrado que Eldorado no sea la única terminal internacional en Colombia). Ni qué decir sobre los espacios que se han fortalecido en el centro histórico de Bogotá a través de la oferta turística y por la presencia del Museo del Oro como paso obligado por el país y por la ciudad.

Pero a todo este escenario se le suma un caso (que desborda nuevamente a Bogotá) que tiene un especial tono para la historia del país y que se enmarca en un contexto económico que define a la Colombia actual. César Gaviria Trujillo, quien lideró las banderas del Partido Liberal después del magnicidio de Luis Carlos Galán, fue presidente entre 1990 y 1994, período en el cual se implementó una política de apertura económica hacia un modelo neoliberal de la productividad del país. En ese proceso se construyeron alianzas de todo tipo y se aprovechó la reforma constitucional de 1991 para flexibilizar la normatividad laboral y otros aspectos que eran claves para la entrada de grandes empresas que invirtieran en el país. Una de esas alianzas se realizó con el Citibank (del Citigroup), uno de los organismos privados más importantes del mundo en materia financiera. De esta alianza se creó una publicación que fue distribuida selectamente por el mundo a grandes inversionistas.

Dicha publicación, hecha exclusivamente en inglés, lleva por nombre *In search of El Dorado: A guide to investment in Colombia*. Esta publicación hace justicia a las premisas de su título y de su subtítulo. Tiene la misión de hacer una búsqueda detallada de aquellos elementos que residen en nuestro país en los que se refleja ese mítico sueño de la conquista. Y por el otro lado, guía al lector (o mejor, al inversionista) por diferentes espacios de la realidad

nacional de los cuales puede sacar provecho. Empero, la fuerza de la mítica leyenda de Eldorado obtiene una fuerza casi profética, de la misma manera que ese «Bienvenidos al futuro»¹⁵ designaba una suerte de esperanza y de tierra prometida en un país llamado Colombia:

For over 500 years people from all over the world have searched for the treasures of El Dorado. Colombia, because of this geography, climate, demographics, social, economic and political framework, can today proudly state that it constitutes the culmination of all those treasures searched for and dreamed of for so many years. Welcome to the treasures of El Dorado (Citi Bank, 1993, prólogo).

Este hecho también demuestra esa disposición discursiva que tiene Eldorado y que ha sido aprovechada para darle un campo retórico, pero también simbólico a un legendario acontecimiento, que cobra un sentido totalmente contemporáneo, loable y que hace parte de un llamado al deseo occidental sobre la riqueza.

3.4. ELDORADO Y LA MALICIA INDÍGENA

Al querer saber de qué otras maneras las personas asociaban el nombre de Eldorado en los espacios de la ciudad, sobre todo con aquellas personas que son propietarias de lugares comerciales, hubo referencias al *mundo indígena*, asociadas a ideas relativamente contemporáneas, ideas populares que han dado razón de sociedades no occidentales de Colombia.

Hubo una respuesta con un acento muy marcado a relacionar Eldorado con la noción de *malicia indígena* y esta como una herencia sociocultural de los antiguos pobladores de Colombia. Ahora, esa noción era referida como una condición de empuje, de viveza, de oportunidad y de una cierta ingenuidad que luego se transformaría en su propia cruz. La *malicia indígena* se presenta como un *ethos*, pero más allá de ser una condición de un lazo hereditario y de un reconocimiento propio como indígenas, es expresado más como un efecto del mestizaje y del intercambio de

15 Eslogan de campaña y del gobierno de Gaviria.

saberes y prácticas, de lo que está constituida nuestra identidad cultural en la actualidad. Sin embargo, es importante destacar que al solicitar más información sobre una definición sobre la *malicia indígena* las respuestas fueron limitadas y acotadas con la reiteración de lo antes mencionado. Ante eso recurrimos a una búsqueda sobre una visión académica del concepto para poder comprender esta relación con un espacio de imaginario cultural como lo es Eldorado en este caso, al respecto Jorge Morales (1998) dice:

La Malicia Indígena es concebida como recurso propio, heredado y no transferible a otras nacionalidades ni por amistad, matrimonio, residencia en Colombia, etc. Pero sí es susceptible de disminuir entre los colombianos que llegan a vivir largo tiempo fuera de su país.

El imaginario popular reitera que esa característica nacional es una combinación de creatividad, astucia, prudencia e hipocresía, suficientes para suplir las deficiencias del subdesarrollo manifiestas en educación precaria, pobreza y abandono estatal. La Malicia Indígena además es imaginada como un potencial de los pueblos amerindios oprimidos en la época de la Conquista y la Colonia, legado a sus descendientes mestizos como un testimonio de resistencia a largo plazo y de justicia. Por todo ello es muy apreciada por las mentalidades actuales, de diversos sectores sociales.

La presencia de esta Malicia aunque es sistémica dentro de la construcción étnica del carácter nacional, se halla naturalmente más intensa y viva en aquellas regiones reconocidas como más indígenas, vale decir, el altiplano cundiboyacense y el nariñense (p. 41).

Este ethos, esos rasgos característicos se ven autoreflejados a través de la noción de la malicia indígena, es la única forma de contemporaneidad que enlaza a una parte de la población con *lo indígena*, pero la disyuntiva persiste en tanto ese enlace tiene más ligazón con un carácter ancestral idealizado, imaginado, que al carácter ancestral heredado y vivo en las sociedades indígenas contemporáneas. Lo importante aquí es la forma en cómo Eldorado es el vehículo conductor de otro tipo de identificación, con otro imaginario fundamental que moviliza los sentimientos hacia la pertenencia cultural y física a una idea de país, de nación, de comunidad y de pasado común.

Pero existe otra relación entre Eldorado y la idea de la malicia indígena, en tanto reminiscencia de esa sagacidad con la que evadieron la conquista, como una forma de resistencia al proceso colonial y a la forma en que las sociedades herederas (las directa-

mente nativas del territorio colombiano y las mestizas) asumen un rol frente a la riqueza. Una manera es esa misma, la del *despistar* al *otro* para conservar o para lograr la riqueza propia, pero por otro lado está la suerte misma que reside en los imaginarios sobre lo indígena, especialmente el que se relaciona con *las guacas* y el *enguacarse*: en ello hay una configuración clara del deseo de la riqueza, pero a la vez se estructura con un sistema de códigos y de símbolos que les dan un orden a las acciones, a la búsqueda, al fracaso de la búsqueda y al hallazgo de *tesoros indígenas*.

Otro hallazgo relativo a Eldorado y a la malicia indígena, sitúa a esta dentro de otro campo interpretativo, que entra entre lo peyorativo, entre una visión sofisticada y de *clase* al narrar un acontecimiento asociado al aeropuerto Eldorado. En la sección *Confidenciales* de la revista *Semana*, el título «Malicia Indígena I» expone:

Hay una controversia alrededor del nuevo aeropuerto El Dorado que despierta risas o indignación. Se trata de la construcción de la torre de control que la Aeronáutica ha querido que tenga forma de poporo indígena. El problema es que el costo adicional para que se asemeje a ese símbolo Quimbaya puede ser superior a los 10.000 millones de pesos. Los críticos de esta iniciativa afirman que las torres de los grandes aeropuertos del mundo como el de Shanghái, Londres, París o Nueva York tienen forma de torre sin pretensiones culturales de ninguna naturaleza (23 de febrero de 2013).

Este hallazgo llama la atención sobre varios elementos: el primero se relaciona con el emblemático aeropuerto de Eldorado; el segundo sobre querer tener un símbolo de la orfebrería prehispánica (un símbolo colombiano también, ya que esta pieza fue con la que se comenzó la colección del Museo del Oro y ha estado en monedas y billetes de circulación nacional) del tamaño de una torre de control, en el aeropuerto más importante del país y con más flujo de pasajeros (tanto nacionales como extranjeros); y el tercer elemento que llama la atención es que alguien vea *culturalmente pretencioso* este acto y que a su vez, sin decirlo tajantemente, pero sí titulándolo, evoque *la malicia indígena* para desprestigiar la intención.

Este caso evidencia una dicotomía de la identidad cultural colombiana, y que tiene efectos en esa noción de la *malicia indí-*

gena, pero que sobretodo recae sobre la idea misma del indígena y la manera en cómo nos hemos identificado históricamente con ellos: la tensión surge desde la llegada misma de los españoles y las ideas creadas sobre las sociedades nativas, y que luego es heredada a la sociedad republicana en la que se ven a los indígenas rodeados de podredumbre, pereza y atraso, incluso con un precario gusto estético. Solo hasta la segunda mitad del siglo XX en el mundo se empieza a revalorar las expresiones culturales, las cosmogonías y cosmologías de las sociedades nativas del mundo, y ellas comienzan a dialogar políticamente (a pesar de que muchas ya estaban en una lucha con varias generaciones detrás en este proceso) reclamando reconocimientos, autonomía, territorios, entre otros elementos que han estado en riesgo desde el tiempo de la conquista de América. Esto se evidencia en las temporalidades expuestas en el apartado anterior donde la revaloración de *lo indígena* surge en esa mitad del siglo XX a través del arte y a través del conocimiento académico de la arqueología, la antropología y paulatinamente a lógicas del turismo en el que sus producciones culturales se vuelven mercancía. Estas tensiones hacen parte de los imaginarios de Eldorado, el cual busca revalorar y resignificar el pasado común a través de las sociedades ancestrales.

4. APROXIMACIONES

Droguerías, casas de apuestas, casinos, panaderías, restaurantes, peluquerías y otros negocios, llevan consigo el nombre Eldorado. Se le puede ver con cierta frecuencia recorriendo las esquinas de Bogotá. Su acento cambia en relación con su ubicación y el significado que sus propietarios le quisieron dar a su negocio. El común denominador es que Eldorado es un augurio de riqueza, que se involucra con un pasado común, uno impregnado con la leyenda gloriosa de Eldorado. La asociación con representaciones de la orfebrería prehispánicas, especialmente el pectoral tolima, refuerza en estos lugares y en marcas comerciales ese vínculo con el pasado. Sin embargo, Eldorado no es precisamente el nombre que nos vincule directamente con los antepasados que resistieron su búsqueda y que aún hoy luchan por la defensa de sus territo-

rios, juntos con los antepasados de los esclavos que han hecho de esta su patria y también persiguen que les garanticen derechos fundamentales de vida.

Eldorado es una narración de hechos históricos que ha asombrado la ambición humana, y su argumento se ve reflejado en una multiplicidad de representaciones simbólicas contemporáneas. Eldorado cuenta con una estructura simbólica que ha permanecido dentro de la mente de la humanidad durante miles de años en diferentes nombres, expresiones y representaciones, como un eco de arquetipos que la humanidad ha replicado en diferentes formas y contextos: la relación con el oro y la eternidad de sociedades como la egipcia, la griega o la romana; la historia del vellocino de oro, la alquimia y la búsqueda de la piedra filosofal, la búsqueda de las siete ciudades de Cíbola en la época de la conquista, la famosa Fiebre del Oro en California en el siglo XIX, o la promesa de riqueza del capitalismo.

En el caso de Colombia, esta no solo ha conservado algunos elementos de esa estructura simbólica como relato, como motivaciones que evocan elementos que aún son actuales, Eldorado se ha reestructurado en nuestra sociedad como un relato nacional, un elemento simbólico que se compone de unos eventos históricos y que se alimenta de los actores que produjeron un desborde de imaginación sobre esa estructura simbólica milenaria: una estructura de una mentalidad occidental que se reinventó en el contacto con las sociedades nativas de América, elemento que justamente se integra a los relatos y a los imaginarios de Eldorado.

Por más de dos siglos, en la historia colombiana Eldorado ha aparecido de manera discursiva proponiendo significados y representaciones sobre un país idealizado, una idea de nación y de los elementos que la compone (Peña Pinzón, 2011). Pero es en Bogotá y en otros contextos que van más allá de los límites de la ciudad y de las expresiones, donde estas tienen un carácter de tipo nacional e internacional, donde Eldorado como nombre y como símbolo que se ve representado en la orfebrería prehispánica. Estas no son representaciones sueltas, solitarias y autónomas de la realidad sociocultural que las expone, son evidencia de la insistencia en la reproducción de la leyenda y estos son sus ecos. Los *hallazgos*

tienen una conexión con la cotidianidad y con un sentido estético que habita entre las personas que decidieron poner este nombre a los lugares comerciales o los que usaron representaciones asociados a Eldorado. Esas decisiones se ven reflejadas en las entrevistas de personas que nombraron así sus negocios, por ejemplo, y en las formas en que los símbolos de Eldorado cobran vida en las representaciones de sus imaginarios en los contextos analizados en esta investigación.

Este uso del nombre, de imágenes y las relaciones que las personas construyen a través de símbolos, son el resultado de varios escenarios de los imaginarios donde Eldorado cobra formas, algunas interconectadas entre sí, pero con una carga especial que hace que la materia interpretativa del mismo provenga de diferentes fuentes y acontecimientos sociales donde se puede comprender más la fenomenología del mismo: *lo colombiano y la riqueza, la orfebrería prehispánica, la identidad para el otro –desde el otro–, la malicia indígena*, son estos escenarios en los que Eldorado sigue vivo, encarnando imaginarios y los recursos para interpretarlos y para crear argumentos que no solo se sustentan en un efecto contemporáneo, sino que es un proceso histórico que recae sobre la cultura misma.

Eldorado como un gran imaginario colombiano es el relato predilecto y sus elementos hacen parte de una configuración ideal de una idea de nación compleja que logra abarcar aspectos frente *lo ancestral*, frente a la diversidad y a la riqueza que son claves en el proceso de identificación social. Además, Eldorado como relato y como imaginario supera y contradice a otros imaginarios y a otros relatos que crean unos rasgos nacionales de autoidentificación y de identificación internacional: el narcotráfico y la violencia. En ese sentido, Eldorado ha sido la contraparte histórica de esas otras formas en cómo el país ha creado material imaginario para verse a sí mismo y, a su vez, la manera en que hemos sido vistos históricamente a través de imágenes creadas, narraciones y representaciones fuertemente arraigadas en la mentalidad de la sociedad (sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX). Seguramente, y con los argumentos aquí expuestos, Eldorado es y seguirá siendo un referente de Colombia y seguirá siendo motor simbólico y de

larga discusión (duración) sobre el trasegar de la vida del país que vio nacer esta leyenda, ojalá con la promesa cumplida de riqueza, de manera común para todos aquellos que viven en este territorio, vapuleado y urgido de equidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, B. (1993). *Comunidades Imaginadas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Arango, D. y Fernández, C. (2007). *Pedro Nel Gómez: Escultor -Acuarrelista - Muralista*. Medellín, Colombia: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Citibank. (1993). *In search of Eldorado: A guide to investment in Colombia*. Bogotá D.C., Colombia: Citibank.
- González, A. et al. (1990). *Leyendas de Eldorado: 30 años de historia*. Bogotá D.C., Colombia: Departamento Administrativo de Aeronáutica Civil.
- Jaramillo, A. (2003). *Bogotá imaginada: narraciones urbanas, cultura y política*. Bogotá D.C., Colombia: Observatorio de Cultura Urbana.
- Lindón, A. (2007). La ciudad y la vida urbana a través de los imaginarios urbanos. *Revista EURE, XXXIII* (99),: 7-16.
- Martínez, F. (2001). *El nacionalismo cosmopolita: la referencia europea en la construcción de la nación en Colombia 1845-1900*. Bogotá D.C., Colombia: Banco de la República, IFEA.
- Morales, J. (1998). Mestizaje, malicia indígena y viveza en la construcción del carácter nacional. *Revista de Estudios Sociales*, (1): 41.
- Niño, S., Lugo, N., Roza, C. y Vega, L. (1998). *Territorios del miedo en Santafé de Bogotá*. Bogotá D.C., Colombia: Observatorio de Cultura Urbana.
- Peña Pinzón, W. (2011). *¿En busca del país de El Dorado? / Metáforas, historias y representaciones de la leyenda de El Dorado y la búsqueda de la identidad colombiana en el discurso nacional* (Tesis de pregrado). Bogotá D.C., Colombia: Universidad Externado de Colombia.
- Schultz, P. (2003). *1000 Places to see before you die*. New York: Workman Publishing.
- Silva, A. (1993). *Imaginario urbanos en América Latina*. En Rueda Enciso, José E. (Comp. Ed.). *Los imaginarios y la cultura popular*. Bogotá D.C., Colombia: CEREC.
- _____. (2003). *Bogotá imaginada*. Bogotá D.C., Colombia: Taurus.

- _____. (2009). «El Dorado: asesinato de un nombre». *El Tiempo* (13 de octubre de 2009). Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-3666489>.
- Sin autor. «Malicia Indígena I». *Revista Semana* (23 de febrero de 2013). Disponible en: <http://www.semana.com/confidenciales/articulo/malicia-indigena/334316-3>.
- Zapata, M. (1998). *Cantos Religiosos y Paganos de Colombia* (disco musical con Lucía Pulido, Jairo Moreno, Stomu Takeishi).
- Zerda, L. (1972). *El Dorado: Tomo I y II*. Bogotá D.C., Colombia: Biblioteca Banco Popular.



WILSON PEÑA-PINZÓN es antropólogo de la Universidad Externado de Colombia y tesista del Magíster en Estudios Políticos de la Universidad Nacional de Colombia. Docente universitario de diferentes instituciones de educación universitaria en áreas de humanidades, política, cine y antropología. Investigador asociado a la Fundación Apalaanchi y fotógrafo documentalista.